

«El Señor está cerca de todos los que le imploran, de todos los que le imploran verdaderamente.» (Ps. cXLV, 18.) Pintó con vivos colores las angustias del incrédulo, que no tiene Dios en el cielo ni en su corazón, y después pasó á la segunda parte de su discurso, en la cual describió la felicidad que proporciona la fe. Su palabra era cada vez más viva, y su voz más potente, cuando de pronto inundó su pañuelo de sangre arrojada por la boca. Todos le miraban con lástima, y su padre iba á decirle ya que se bajara. Pero Baruch hizo un último esfuerzo, dijo una oración breve, y acabó. Todos gritaron á una sola voz: Que el Señor te fortifique; lo cual equivale en la sinagoga á los aplausos.

Lo acontecido al jóven rabino era objeto de todas las conversaciones; Chisdaï, que no hacía esperar nunca su parecer, se encogía de hombros cuando le preguntaban. Tenía sus razones para no decir francamente su opinion. Baruch abandonó el lecho á los tres dias, y quiso ir á ver á Olimpia.

—No,—le dijo su padre,—he averiguado muy singulares historias de ese doctorcito; parece que es el mismo Satan en persona. Me han dicho que no tiene ninguna fe, y que funda una secta, cuyo nombre no recuerdo. En una palabra; te prohibo que vuelvas á poner los piés en su casa.

A las instancias de Baruch, argüía de nuevo su padre, diciendo:

—No me convencerás; sé que es aún más peligrosa la hija que el padre. Créeme; tú conoces las Escrituras mejor que yo, pero en cambio sé más del mundo que tú. Que no te sea inútil mi experiencia; mira que llegarás á ser pobre y